

Domingo XXI del TO Ciclo B



25 de agosto de 2024

Jos 24, 1-2.15-17.18

Sal 33

Ef 5, 21-32

Jn 6, 55.60-69

P. Eduardo Suanzes, msps

Las expresiones «comer su carne» y «beber su sangre» implican comunión total con la realidad de Jesús; significa «tragárselo» por completo, como él dice que es, con su vida, con su **encarnación**, con todo lo que es Jesús (carne) y con su muerte (sangre), con su **redención**. Por eso muchos quieren dejarlo: es intolerable. Con la entrega de su vida se manifiesta el triunfo de la vida sobre la muerte y el cristiano recibe esa potencia creadora que es vida divina en su corazón. «*Es el Espíritu quien da la vida*» y, por tanto, la eucaristía es comunión total también con la **glorificación, con su resurrección, e identificación con ella**. Es decir, la eucaristía, comulgar, es la asunción total de la persona de Jesús, que se significa materialmente la adhesión a todo lo que él es: eso es comulgar.

Pero los discípulos han interpretado mal la muerte que anunciaba Jesús¹, considerándola una debilidad y un fracaso y, en consecuencia, se niegan a seguirlo en el amor hasta la muerte. Conservan la concepción del Mesías rey, manifestada con ocasión del reparto de los panes y que había provocado la primera crisis (recuerden que ante la negativa de Jesús de ser proclamado rey, los discípulos desertan en bloque, adentrándose en el lago y dejando solo a Jesús). Jesús les explica que su muerte es condición para la vida y que su realidad humana contiene la fuerza del Espíritu. A pesar de su explicación, la mayor parte lo abandonan.

Jesús se da perfecta cuenta de lo que sucede y afronta la situación. Su enseñanza ha creado un obstáculo por considerar ellos la muerte como un final y un fracaso. No se han dado cuenta de la calidad de vida que posee y promete Jesús. Lo esperan todo de un triunfo terreno. Jesús, en cambio, quiere hacerles comprender que la muerte no significa un final, que no interrumpe la vida. Es más, esa vida que él es se las da desde ya como anticipo solo hay que abrirse a ella. La bajada a la muerte implica la subida a la vida, y eso, desde los quehaceres más cotidianos de la vida: **morir para vivir, esa es la revelación**. De hecho, su muerte será un retorno a donde él estaba antes: su muerte es su gloria, por ser la expresión máxima del amor. Pero ellos se escandalizan de la bajada de Jesús hasta la muerte y consideran demasiado duro tener que asimilarse a él, porque no entienden ni su fruto ni su horizonte.

Jesús contrapone su idea mesiánica a la de los discípulos que no aceptan sus exigencias. El Espíritu es la fuerza del amor, que procede del Padre² y es Dios mismo³. Él es vida y la

¹ Cfr, JUAN MATEOS Y JUAN BARRETO. *El Evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegético*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1982

² Jn 15,26

³ Jn 4,24

comunica. ***La «carne» sola, sin fuerza ni amor, es el hombre no acabado.*** El fundamento de la nueva comunidad humana es la entrega de sí a los demás y la plenitud del hombre.

En concreto, el programa que Jesús propone y la ley que funda la nueva comunidad es la identificación con su muerte. Pero no es la muerte por sí misma (carne), sino, al contrario, la muerte como expresión de amor, única fuerza y agente de vida (Espíritu).

Pero, hemos oído, que Jesús no se hace ilusiones acerca de su grupo; no por el hecho de estar con él todos aceptan su línea. Hay resistencias y seguimiento puramente exterior. Al llegar esta crisis, va a revelarse quiénes son los verdaderos seguidores. Él sabía incluso que uno de ellos lo iba a entregar. Veía ya en Judas un hombre que, por profesar los valores del «mundo», no asimilaba su mensaje. Se origina una fuerte crisis en el grupo. Muchos se retiran definitivamente. El programa expuesto, que exige, por un lado, renunciar a toda ambición personal y, por otro, asumir la responsabilidad propia del hombre libre, provoca en muchos de ellos positivo rechazo.

En esta situación dolorosa, Jesús se dirige a los Doce y les pregunta cuál es su opción; no acepta componendas. ***Para él no existe salvación para la humanidad fuera del programa que ha expuesto,*** el de la entrega por amor. Todos los otros, por brillantes que parezcan, dejan al hombre en su mediocridad y, por lo mismo, terminan en el fracaso.

La grave pregunta de Jesús suscita una reacción en el grupo de los Doce. En representación de todos, responde Simón Pedro. Los Doce comprenden que ***fuera de Jesús no hay esperanza.*** Sin él van, efectivamente, al fracaso. Ellos reconocen y se adhieren a Jesús: ***«creemos firmemente y sabemos muy bien»***, dirá Pedro para confirmar esto. Afirman que Jesús no será un rey hecho por ellos, a la imagen de ellos y sus expectativas, sino será hecho por Dios con el sello del Espíritu: ***«tú eres el Santo de Dios»***.

Y esa es la pregunta que se nos lanza hoy a nosotros. En realidad, si lo pensamos bien, no podemos dejar de seguir a alguien, no podemos dejar de ir hacia alguien. Porque, en realidad, no hay creyentes e incrédulos —es decir, personas que se apoyan en alguien y personas que no se apoyan en nadie—, lo que hay son adoradores de Dios y adoradores de ídolos. Que es la cuestión que precisamente Josué les propone a los suyos en Siquem (Primera Lectura). En realidad no hay creyentes e incrédulos: lo que hay son creyentes e idólatras: ese es el gran dilema de la Escritura⁴.

Son muchos los ídolos que por todas partes nos asedian: el ídolo de la opinión pública, el de la popularidad, el del nombre y, en ocasiones, hasta el ídolo de nuestra propia identidad. ***«¿A quién iremos?»*** Tenemos que seguir a alguien, y si no seguimos al Señor, seguiremos a los ídolos o haremos un ídolo de nosotros mismos. Si no seguimos al Señor, nos perderemos frente a algo que en teoría debería salvarnos, pero que nos destruye. Efectivamente, todos los otros, por brillantes que parezcan, dejan al hombre en su mediocridad y, por lo mismo, terminan en el fracaso.

⁴ Cfr. CARLO MARÍA MARTINI. *Diccionario espiritual. Ídolos.* Ed. PPC. Madrid, 1997